

## Avance de investigación

La narración El Pescador es uno de los avances del proyecto que lleva como título “El comunicador social en formación como mediador para integrar narraciones en formatos digitales”, que actualmente ejecuta el semillero de investigación Mediáticos de la Facultad de Comunicación, Publicidad y Diseño de la Universidad Católica Luis Amigó. Este proyecto pretende explorar las bases narrativas y las plataformas tecnológicas que pueden ser empleadas por el comunicador social cuando se propone mediar en el paso de los formatos análogos a los digitales. El proyecto ha optado por narraciones ligadas a contextos culturales de regiones poco conocidas de Colombia.

En el desarrollo de la investigación también se seleccionan y analizan textos narrativos que han sido llevados a formatos digitales, para conocer qué características adquieren al momento de pasar al nuevo medio. Además, se busca establecer las características de los formatos digitales, para conocer más sobre su uso y lograr enriquecer las narraciones mediante las mediaciones digitales. Igualmente, en el proyecto se escriben narraciones en la línea mencionada, para ser integradas luego en un formato digital hipermedia.

El siguiente relato, ambientado en el río Cauca, a la altura de la Mojana sucreña, en Guaranda, hace parte de los escritos elaborados para el proyecto.

# El pescador

DOI: <https://doi.org/10.21501/25007858.3146>

Elva Emilia Gómez Oviedo

El hombre robusto, de piel escamosa y bronceada pone sobre la mesa un pocillo de café de donde sale humo como el de los carros viejos que deambulan por la ciudad. Impaciente espera que se enfríe un poco, y con la lengua húmeda como un perro, toma un sorbo caliente que le quema hasta lo más profundo de sus huesos, muerde un pedazo de pan seco que no tiene más que levadura y anís en su superficie; sorbe el último trago de café y pone el vaso boca abajo para ver qué le promete la suerte el día de hoy.

- “Ojalá muestre abundancia”, dice con un poco de esperanza, pero a la vez con desagrado por creer en esos mitos de su madre, que no son más que tonterías.

Se retira de la mesa y frunce el ceño como si algo no le agradara, odia estar en casa; su único momento feliz es en la playa, junto al río y bajo la luna, donde puede ser libre y hacer lo que más le gusta: pescar.

Pasó toda la mañana leyendo revistas viejas que ya se sabe de memoria, hablan sobre los niveles del río y los tipos de peces. Cuando llegaron las doce del día, tomó un pedazo de salmón rojo, le untó sal y lo cocinó, mientras iba preparando sus herramientas de trabajo que no eran más que un trasmallo estropeado y ama-

rillo, al que se le había caído parte del plomo que tenía en las puntas por causa de la vejez, y además tenía enormes huecos que no eran más que un estorbo para su trabajo; una mochila en la que cargaba un rancio machete destartado y oxidado que no cortaba ni la hoja más delgada; y, por último, una nevera de icopor un poco mugrienta y remendada.

Comió hasta saciarse y decidió tomar la siesta acostumbrada. “Así se pasa el tiempo más rápido”, decía. Se despertó a las 5 de la tarde, un poco apresurado, pues le gustaba llegar rápido al río. Se puso pantalón corto, desflecado en las botas, trazó debajo de las clinejas una cabuya para sostenerlo, tomó una camisa descosida y se la colocó sin abotonarla. Por último, cogió su sombrero, lo puso en su cabeza y salió de prisa.

Mientras caminaba hacia el río pensaba en cómo estaría su nivel, si la lluvia de ayer lo habría aumentado o si el sol de la tarde lo habría secado un poco. Finalmente, llegó a la playa y con sus pies descalzos sintió la arena un poco fría y tensa, miró hacia abajo y exclamó: “¡ya me extrañaba!”. Tomó su trasmallo y lo puso en su hombro, se quitó el sombrero y la camisa, y quedando semidesnudo se acercó al agua hundiendo un poco sus piernas hasta mojar su pantalón; cerró los ojos para sentir el ruido de la brisa y lo que el río le susurraba. Sonrió con agrado, arrugándosele sus mejillas y queriendo quedarse ahí eternamente.

- Algún día lo haré, dijo con seguridad.

Cuando abrió los ojos vio que la luna ya se había asomado y pensó que ya era hora de tirar la red al agua, empezó a balbucear cantos y poesías para el río, pues decía que si lo trataba bien, este le daría muchos peces. Abrió el chinchorro y con fuerza lo tiró hasta dejarlo hundir en lo profundo de las aguas monas y pasivas. Siguió cantando hasta terminar hablando con la luna, a la que le preguntaba cosas sobre pesca, sobre la vida, sobre el amor. Esperó por media hora para sacar la red del agua, lentamente lo fue haciendo. No pescó nada, los peces salieron por los enormes huecos de la red.

- “Quizás es más fácil vivir en el río, ¿por qué no hacerlo? ¡Qué alegría sería ser pez!”, pensó.

Pronto llegó la oscuridad, el frío, los grillos que cantaban. Era solo un humilde pescador junto al río, las piedras, su sombrero, su cuerpo consumido, cansado en busca de paz; la paz de las aguas, del viento, de las piedras. En la arena y recostando su cabeza en su brazo murmuró:

- Si tan solo fuera un pez, también escaparía por los huecos de un viejo trasmallo y sería libre entre las espesas aguas. Cerró sus ojos con agobio y quedó en su sueño y viviendo junto al río, como siempre lo había anhelado.